

teorema

Vol. XXXVII/1, 2018, pp. 147-153

ISSN: 0210-1602

[BIBLID 0210-1602 (2018) 37:1; pp. 147-153]

Guía Fodor Sobre Jerry Fodor (1935-2017)

Antoni Gomila

Las Fodor son unas guías turísticas. Una muestra del sentido del humor que caracteriza la escritura del Fodor maduro lo ilustra su trabajo “Fodor’s Guide to Mental Representation: the Intelligent Auntie’s Vademecum”, que publicó en *Mind* en 1985, al que mi título trata de imitar como un torpe modo de rendirle homenaje. Además de autopresentarse como un cicerone en el territorio de los debates sobre la representación mental, en el título de ese trabajo aparece también uno de sus personajes clásicos de la época, la “tieta”, con la que se permite referirse a los filósofos anglosajones influidos por Wittgenstein, con los que no está muy de acuerdo. A Auntie se le contrapone Granny, la abuelita que representa la voz del sentido común, a la que hace caso Fodor. El pasado 29 de noviembre se reunió con ella en el cielo en el que se reúnen los escritores con sus personajes. Y con Greycat, por supuesto, su gato, también personaje de aparición frecuente en sus escritos.

Conocí a Jerry Fodor en 1988. El modo en que entré en contacto con él es revelador de un tiempo y unos modos muy distintos de los actuales. Estaba leyendo *Psychosemantics*, su libro de 1987, para mi tesis sobre la teoría computacional de la mente, y me resultaba extraordinariamente difícil. Así que decidí escribirle una carta, con una serie de dudas, peticiones de aclaración, y preguntas directas. En esa época el correo electrónico era un rumor, e internet una entelequia medio secreta. Para mi sorpresa, recibí su contestación a vuelta de correo. Su carta comenzaba así: “Thank you for being interested in my stuff”. Por su “estofa”, sus cosillas, en el sentido más material del término. Seguían varias páginas de respuestas y aclaraciones, de gran utilidad para un pardillo como yo, recién licenciado. A eso siguió una estancia de cuatro meses en Rutgers el curso siguiente, con una ayuda para estancias temporales del Ministerio, para becarios FPU. De nuevo, gracias a su generosa ayuda. En realidad, elegí Rutgers, en lugar del CUNY, donde también trabajaba en ese momento, por su

recomendación: el curso 1988-89 iba a ser su primer año en Rutgers y tendría más tiempo para mí. Efectivamente, nos vimos una vez a la semana durante ese tiempo, en una especie de clases particulares, un lujo, que me permitió acabar la tesis antes de lo previsto. En septiembre de 1990 fue el invitado del III Seminario Interuniversitario de Filosofía y Ciencia Cognitiva, que tuvo lugar en Menorca, y cuyas contribuciones, la de Fodor incluida, acabó publicándose como monográfico en el volumen 15 de la revista *Taula*, en 1992. Tras el seminario, volví a Rutgers, ahora como becario posdoctoral Fulbright. Esta vez estuve primero en su casa, en la planta 20 de un edificio justo enfrente del Lincoln Center de Nueva York, e incluso me prestó dinero para la fianza del alquiler que contraté en Highland Park, cerca de la universidad. Así conocí su afición a la ópera wagneriana y la literatura contemporánea, su interés en Freud, su amplia cultura.

Cuento estas circunstancias personales para dar testimonio de la generosidad de Jerry Fodor (y de la amplitud de sus inquietudes). Sé positivamente que lo que hizo conmigo no fue una excepción. Y, sin embargo, y a pesar de su prestigio e influencia, también es cierto que no dirigió muchas tesis, ni tuvo muchos discípulos directos, seguramente porque era impaciente con las ideas que consideraba erróneas, muy exigente con el rigor y la coherencia de la argumentación, y sin concesiones a la biseñez. En una palabra, temible. Un interlocutor imposible de batir dialécticamente. Y duro en la crítica, que podía derivar en burla fácilmente. Sus reseñas de libros para la *London Review of Books*, que escribió regularmente desde 1991, son quizá el mejor ejemplo de esta inclinación de Fodor por la ironía y el sarcasmo. Sus reseñas, hilarantes por momentos, no debieron de hacer ninguna gracia a los autores de los libros objeto de su reseña y su pluma inmisericorde. Su sentido del humor y su escritura vivaz e ingeniosa encontraron en la reseña el género ideal para explayarse.

Sin embargo, la lección más importante que aprendí de él en esa época ya lejana es la importancia de separar las disputas intelectuales de las relaciones personales. El hecho de no estar de acuerdo con alguien con respecto a una cuestión teórica o intelectual no afectaba a su capacidad para mantener una relación personal correcta, o incluso próxima. Es más, el desacuerdo se convertía para Jerry en una forma de respeto, como el reconocimiento de la importancia de la posición con la que estaba en desacuerdo, si bien esta actitud no siempre es reconocible ni correspondida. En cualquier caso, en Rutgers tuvo la responsabilidad de la recomposición del Departamento de Filosofía y de la creación de un centro de Ciencia Cognitiva, y la selección de colegas que hizo revela cla-

ramente su reconocimiento del mérito por encima de las coincidencias intelectuales, y sus límites en tal sentido. Pero convirtió a ambos centros en focos intelectuales de primer nivel.

Discípulo de Putnam en Princeton, donde se doctoró, puso su gran capacidad argumentativa al servicio del desarrollo de la Ciencia Cognitiva, en la misma versión racionalista de Noam Chomsky, de quien fue colega en el Departamento de Filosofía y Lingüística del MIT durante más de 25 años. Ahí desarrolló su propio programa intelectual, más filosófico y general que el de Chomsky, al inspirarse en el funcionalismo que aprendió con Putnam, y que además aplicó a la investigación empírica, contribuyendo a la creación de la Psicolingüística. Su deuda intelectual con estos dos gigantes del pensamiento del siglo XX permite ver el sentido de su proyecto: combinar la idea del funcionalismo de la máquina de Turing de Putnam, según la cual los estados mentales pueden verse como estados funcionales de un sistema, con la idea racionalista de Chomsky, según la cual la sintaxis del lenguaje debe ser de algún modo innata. Ciertamente Putnam y Chomsky coincidían en su rechazo del conductismo, que ponía en cuestión la posibilidad del estudio científico de la mente, pero discreparon sobre el innatismo. En todo caso, la originalidad de Fodor fue fijarse en los procesos mentales, más allá de los estados, como había hecho Putnam. Su aportación principal, el núcleo de la teoría computacional de la mente (*The Language of Thought*, de 1975), radica en su idea de que los procesos mentales son inferenciales, y como tales, pueden concebirse como transiciones de estados mentales en virtud de la “forma” de tales estados mentales, en analogía al modo en que un programa informático regula las transiciones entre estados físicos del ordenador. Esa “forma” se concreta en la idea de un lenguaje del pensamiento, una especie de código máquina de la mente. Cada estado consiste en una proposición de este lenguaje interno que constituye un sistema de representación mental con un poder expresivo equivalente al del lenguaje natural –frente al poder expresivo de las imágenes, por ejemplo, incapaces de expresar contenidos negativos o condicionales–. Las proposiciones del lenguaje del pensamiento serían los vehículos para pensar los pensamientos, y su forma lógica determina las cadenas inferenciales en las que puede tomar parte –los procesos cognitivos en que puede aparecer–. Para Fodor, no sólo el razonamiento es inferencial, también la percepción, o el aprendizaje, o la toma de decisiones.

El racionalismo de Fodor le llevó a afirmar que este medio de representación interna tenía que ser innato. El argumento clásico de la pobreza del estímulo, según el cual el pensamiento humano tiene propiedades que

no pueden ser el resultado de un proceso de aprendizaje, partió del supuesto de que el propio proceso de aprendizaje tiene que ser inferencial. Consistiría en la formulación y puesta a prueba de hipótesis, de modo que hace falta desde el principio contar con un medio de representación para formular tales hipótesis. Ese medio representacional inicial es ya el lenguaje del pensamiento, sin el cual no podría ponerse en marcha el proceso de aprendizaje. Por descontado, una vez que se rechaza la idea de que el aprendizaje sea inferencial, el argumento pierde su fuerza. Y no es muy de sentido común la idea racionalista de que todos nuestros conceptos, entendidos como todos los vehículos representacionales para poder expresarlos, son innatos. Sin embargo, no suele ser igualmente obvio que, si se rechaza que sea inferencial no sólo el aprendizaje, sino también la percepción, la memoria, etc., pierde también fuerza el argumento a favor de un lenguaje del pensamiento. Una de las cosas que más desesperaba a Jerry era ver cómo resultaba hegemónica una parte de su propuesta –la idea de un lenguaje del pensamiento fue un lugar común en la psicología cognitiva de los ochenta–, pero se rechazaba otra, la del innatismo –como ocurrió mayoritariamente–, como si pudiera sostenerse una sin la otra.

Algo parecido ocurrió con su otra gran idea, la de la modularidad de la mente (*The Modularity of Mind*, de 1983). En este caso no se trata de una propuesta filosófica, sino empírica. En base a una exhaustiva revisión de la literatura psicológica, Fodor argumentó en 1983 que algunos procesos psicológicos son modulares. Ello quiere decir que las inferencias que los constituyen son especiales: no interaccionan con todos los estados psicológicos del sistema, sino que están encapsulados, son específicos de un dominio particular. Tales procesos son los perceptivos, los que dan lugar a las creencias perceptivas, e incluyen también los procesos de fijación de creencias a través del lenguaje, además de los sentidos exteroceptivos clásicos. Pero añadió que sólo podría hacerse Ciencia Cognitiva, entendida como una ciencia capaz de explicaciones fuertes de tales procesos modulares. El resto, los procesos centrales, al ser potencialmente sensibles a cualquier otra información presente en el sistema, no iban a poder ser explicados del mismo modo, precisamente por esta apertura. Por no hablar de su dimensión consciente: Fodor siempre consideró que la explicación de la consciencia no iba a ser posible. Este escepticismo sobre el limitado poder de una Ciencia Cognitiva basada en su propio enfoque explicativo fue igualmente rechazado mayoritariamente, aun cuando la disciplina se hizo consciente de la dificultad del “problema del marco”, el nombre que recibió el problema en el plano formal,

y con respecto al cual los progresos tras todos estos años han sido prácticamente nulos (más allá de los esfuerzos por desarrollar lógicas no monotónicas). De nuevo, la dificultad se plantea únicamente si se acepta el supuesto de que todos los procesos mentales son inferenciales. Incluso puede discutirse si los procesos computacionales son efectivamente inferenciales en el sentido relevante, el de la deductibilidad lógica.

Algo distinto sucedió con la semántica, o psicosemántica, que fue el tema que le ocupó a partir de finales de los ochenta (en *Psychosemantics*, de 1987, y *A Theory of Content*, de 1990, y *The Elm and the Expert*, de 1994). En este terreno apenas gozó de seguidores, ni siquiera parciales. Se opuso a toda forma de funcionalismo semántico, rechazó el holismo del significado, y trató de defender lo que llamó una teoría atomista, referencialista, del significado. Cada concepto, cada unidad básica del lenguaje del pensamiento, debía obtener su significado en virtud de alguna relación natural, sí, pero de modo independiente a la relación constitutiva del contenido del resto de conceptos, entendidos como vehículos del pensamiento. Su propuesta es que esa relación natural sería una relación causal: lo que un vehículo representacional representa es la clase de cosas que causan su activación. Pero si los procesos mentales son inferenciales, tal como sostiene el propio Fodor, esa activación difícilmente podrá ser directa. Lo más probable es que sea mediada, de modo que un estado mental podría activarse por otras vías que por la presencia de una instancia de la clase de cosas que se supone que constituye el contenido del concepto. Para hacer frente a esta posibilidad, propuso la idea de una dependencia asimétrica entre ambos procesos, según la cual la relación mediada sería dependiente de la causal directa. Más allá de si es posible distinguir entre cadenas causales de activación, para privilegiar una frente a otras, el problema de su planteamiento es que la teoría del contenido mental, tal como la entiende, debe limitarse a explicar por qué un determinado estado representa lo que representa, sin entrar a dar cuenta de cómo es captado ese contenido. No se trata de confundir la epistemología con la metafísica, como solía reprochar a sus críticos, sino de reconocer que los conceptos tienen esta múltiple dimensión y una teoría que explique ambas dimensiones va a ser más satisfactoria que una que nos deje a oscuras sobre cómo somos capaces de captar los contenidos mentales que constituyen nuestros pensamientos.

A largo de su carrera, Fodor combinó una intensa actividad filosófica constructiva con la crítica a las posiciones alternativas. Muchos de sus libros son directamente contra las ideas de alguien, y sus críticas, generalmente dirigidas contra su núcleo básico: contra Ryle y el conductismo lógi-

co en *Psychological Explanation* (1968); contra Davidson y sus múltiples seguidores en *Holism: A Shopper's Guide*, de 1992 (con E. Lepore); contra el conexionismo (en "Connectionism and Cognitive Architecture", de 1988, con Z. Pylyshyn); contra los diversos modos más o menos inferencialistas o de inspiración fregeana de concebir los conceptos (en *Concepts: Where Cognitive Science Got Wrong*, de 1998, y en *Minds Without Meanings: An Essay on the Content of Concepts*, de 2015, de nuevo con Pylyshyn); contra Pinker y la psicología evolucionista computacionalista en *The Mind Doesn't Work that Way* (2000), o directamente contra la interpretación adaptacionista de la teoría de la selección natural de Darwin (con Piatelli-Palmarini, en *What Darwin Got Wrong*, de 2010). En este último caso, su ataque a la teoría de la selección natural resultó mucho más directo y atrevido que las críticas que se habían lanzado desde Harvard y el MIT en los setenta, por parte de biólogos como Richard Lewontin y Stephen J. Gould, con su crítica al adaptacionismo como único modo de explicación evolutiva (en el clásico "The Spandrels of Saint Marco and the Panglossian Paradigm: A Critique of the Adaptationist Programme"). Mientras que Gould y Lewontin se limitaban a defender la necesidad de tener en cuenta otro tipos de explicaciones evolutivas, además de las adaptativas, como factores más "racionalistas", como las constricciones de diseño (que afirman que la diversidad de las especies está limitada por un espacio lógico de criaturas posibles, de tal modo que los cerdos con alas son imposibles en un sentido que el programa adaptacionista no puede explicar, planteamiento que ha recogido el programa evo-devo actual), o la posibilidad de preadaptaciones (que un rasgo no evolucionara para realizar su función presente), Fodor trató de poner en cuestión la lógica misma de la explicación selectiva, la idea misma de que algún rasgo fenotípico pueda considerarse una adaptación, en razón de que no pueden distinguirse qué rasgos han sido seleccionados de los que han acompañado el proceso, dado que la selección actúa sobre los genotipos y no sobre los fenotipos. Con escaso éxito, todo hay que decirlo, y convirtiéndose esta vez él mismo en el blanco de críticas acerbadas y burlonas.

La última ocasión en que coincidí con Fodor fue en enero de 2010, con motivo de su visita a Barcelona para pronunciar la lección inaugural del Máster de Ciencia Cognitiva y Lenguaje. Estaba envejecido físicamente, pero dialécticamente seguía en plena forma, en plena campaña contra el adaptacionismo. Se lamentaba de que la Ciencia Cognitiva seguía unos derroteros cada vez más lejanos a sus propuestas. Y sin embargo, en mi opinión, que la Ciencia Cognitiva se haya alejado de las propuestas de Fodor, no disminuye su importancia, tanto por el impacto

de su contribución como por su método. Respecto de esto último, Fodor representa un modo de hacer filosofía que no es analítico y cuya importancia no para de crecer. Daba por buena la crítica de Quine a los “dos dogmas del empirismo”, según la cual no hay tal cosa como verdades necesarias *a priori* que puedan ser captadas mediante la intuición. Las intuiciones conceptuales se basan en nuestra comprensión del significado, que es contingente, y, además, casi nunca podemos definir analíticamente nuestros conceptos. De modo que Fodor ilustra al filósofo naturalista, al filósofo consciente de que carece de un método exclusivo capaz de garantizar el descubrimiento de verdades, y mucho menos necesarias y *a priori*. Su modo de argumentar es siempre buscando la mejor explicación posible –“the best game in town”, en su expresión favorita–, no el análisis de condiciones necesarias y suficientes, y combinando la reflexión con la consideración del mejor conocimiento disponible. En este sentido, Fodor ejemplifica al filósofo-científico cognitivo. Ciertamente fue un crítico feroz, pero su trabajo ilustra también el poder de la imaginación filosófica, la capacidad de concebir y explorar posibilidades alternativas, en sentido constructivo. Fue un teórico capaz de desarrollar y articular una potente visión sobre la mente, enraizada históricamente, conectada con los nuevos desarrollos de la Inteligencia Artificial, influyente sobre la Psicología Cognitiva y la Psicolingüística en particular. Como dijo una vez Dennett, una de las víctimas de sus dardos, en lo que constituye el mejor halago posible entre filósofos discrepantes, “Fodor es el colchón sobre el que todos saltamos”. We’ll miss you, Jerry¹.

*Departament de Psicologia
Universitat de les Illes Balears
Carretera de Valldemossa, km 7,5
07122 Palma (Illes Balears)
E-mail: antonigomila@gmail.com*

NOTAS

¹ Se puede encontrar una entrevista con Fodor en <<https://www.youtube.com/watch?v=Hs82SsczIpE>>.